

LOS PRIVILEGIOS DE LA SUERTE

por

Santiago Fuster Castresoy

I

No había mejor moza en el fangoso arrabal que ella. Muchas veces, en el periodiquín local, vates de quincalla, la llamaron "Musa del Arroyo", "Diosa del Barrio", "Bouquet de Bendiciones". Y en las tertulias en que el acordeón rezongaba las excitaciones del tango, su donaire, su gracia bailarina, su desparpajo, le señalaban desde los primeros momentos el escenario del éxito. Rosina, era en fin, la muñeca rubia de todos los mimos familiares y de todas las codicias.

—Tú te casarás con algún gran señor— solían decirle las vejaneonas vecinas, llenas de achaques de ruindad moral y física, tras el desgaste de una vida empleada en incesante ambicionar los bienes ajenos. — Con tus condiciones, Rosina llegarás a muchas riquezas.

La chica tenía empero poca edad para tomar en serio los vaticinios, y tan sólo aspiraba a pasar su juventud riendo, sintiéndose halagada, llenándose la cara de polvos y colorines baratos, de acuerdo a los consejos del espejo. Los mozos de su tiempo, los buenos y sanos trabajadores que se habían criado con ella en los juegos de la niñez, que con ella podían contar muchos hurtos de uvas y melocotones en las huertas cercanas, comenzaban, llena ya su misión de formarse, a pensar en la obra trascendental que dignifica una vida o la destruye para siem-

pre: el hogar. Algunos acababan de casarse con muchachas como ella, hijas de humildes lavanderas, y decíase que las nuevas familias marchaban con la gracia de Dios.

—No escuches a esas roñas — observábase su madrastra. — Eres muy alhajita para tan pocas cosas... ¿A donde va a parar Luis, Nicasio, Italo, Perico ni Raúl contigo que, tienen razón las vecinas, vales un palacio como el de Alvear y una estancia como la de Unzué? Vos, hija, no te das cuenta de tu porvenir con esa carita y ese cuerpo. Mirá: no vayas a creer que lo digo por despreciarlo a tu tata. Pero si yo a tu edad hubiese maliciado lo que era el mundo, me caso con un presidente, etc. Las mujeres lindas tenemos con qué hacernos valer. Allá, a esas cumbres se llega siendo hermosa. De manera, Rosina, que podés, "galletear" a tus pretendientes.

Pasaban los años en estas dubitaciones, pero la bella gringuita no pudo, al igual de sus compañeras, verse siquiera dueña de un nido en que imperase la santa paz del trabajo y del amor. Aquel porvenir aún indescifrable tomaba figuraciones diversas cada vez que el consejo de vecinas dirimía sobre los encantos de la muchacha, y los "novios" desfilaron sin alcanzar el logro de sus ideales, desabucidos por las pretensiones de Rosina. Cambios de tiempos y de gentes, dieron al arrabal un aspecto moderno. Junto al viejo cereo